

Giorgio y Anna AGAGLIATI

FAMILY 2012 – INTERVENCIÓN EN EL ENCUENTRO “LA EUCARISTÍA DE LA FAMILIA EN EL DÍA DEL SEÑOR” VIERNES 1 DE JUNIO – H 15 – SANT’AMBROGIO

Estamos casados desde hace 29 años, precedidos por siete de noviazgo. En total, 36 años: toda una vida si consideramos que ahora tenemos 54 y 52 años.

Crecimos en dos parroquias cercanas, en las que cada uno de nosotros siempre se implicó.

Para nosotros fue natural, entonces, ser desde el principio una pareja, y luego una familia, que santifica la fiesta. La Misa de la comunidad en la que participábamos, antes cada uno "en su casa", y después juntos, era el punto de referencia de la semana. Íbamos siendo novios, estando ya casados y después junto con nuestros hijos, desde que eran recién nacidos. No nos planteamos jamás el problema de ir a Misa a turnos cuando los niños eran pequeños: en la parroquia nadie se quejaba cuando a veces lloraban, y para nosotros era importante incluir en sus percepciones, incluso antes de que tuvieran conciencia, la sensación de "estar en casa", también en la casa del Señor.

Hace diez años, con la ordenación de Giorgio como diácono permanente, se produjo un profundo cambio en nuestra vida de pareja y de familia, incluso en la forma de vivir el día del Señor. Este cambio nos llevó a redescubrir y volver a establecer en nosotros el sentido de la fiesta, y también en esta, como en muchas otras dimensiones de la vida, descubrimos la sinergia de la acción de la Gracia del Matrimonio y de la Orden.

Pero no fue un "clic" instantáneo. Más bien fue un proceso gradual, que comenzó ya en el proceso de formación para el diaconado. También aquí, esta dimensión se cuidó mucho, sobre todo por parte de los diáconos tutores y sus esposas, que han compartido su experiencia.

Entre muchas otras cosas, nos habían hablado también de esa sensación de alejamiento, de separación física que sentiríamos en Misa. Realmente pasó así, y se notó a pesar de la preparación teórica. Fue emblemático lo que hizo Paolo, nuestro segundo hijo, la tarde de la ordenación. Tenía entonces 5 años: de vuelta a casa, después de la ceremonia en la Catedral y un poco de fiesta en la parroquia, se colocó delante de nosotros con las manos en las caderas y preguntó: "Ahora ¿tú sigues siendo mi papá?". No sabía mucho de eclesiología en general y de diaconado en particular, pero estaba convencido de que los que llevaban un alba y una estola y subían al altar no tenían una familia propia. Nuestras palabras tranquilizadoras, reforzadas por un abrazo, lo serenaron. Para Irene, que tenía ya 9 años, el impacto fue menos fuerte, también porque en la iglesia se reunía con sus compañeras de catequismo.

Para nosotros dos, entrar en la iglesia para la misa y separarnos inmediatamente no fue fácil, sobre todo al principio, todavía hoy no es fácil en las grandes Fiestas: la Misa de Navidad y la Vigilia de la Pascua. Hay que añadir que los seis primeros años de ministerio se llevaron a cabo en la parroquia donde vivimos, pero hace cuatro años, Giorgio fue trasladado a otra parroquia, no muy cercana. Durante los primeros tres años, Anna siguió con su participación en su parroquia, y solo a partir de este año ha empezado a colaborar como catequista en la nueva. Además, ya desde hace algunos años, Giorgio forma parte del equipo diocesano para el Catecumenado y esto implica, entre otras cosas, la presencia en la Catedral el Miércoles de Ceniza para la elección de los catecúmenos y en la Vigilia de Pascua para los Bautismos.

Sin embargo, este esfuerzo ha sido, como hemos dicho, ampliamente recompensado por la labor continua de la Gracia. El ministerio diaconal ha influido en nuestra percepción y en nuestra experiencia de la fiesta, sobre todo en dos dimensiones.

Primera dimensión: hemos entendido no intelectualmente, sino con la experiencia, con la inteligencia de "ver", amada por Juan Evangelista, que de esa "fuente y cumbre" provenía no sólo nuestra vocación matrimonial, sino también la de Giorgio para el ministerio.

Segunda dimensión: como diácono, Giorgio se ha convertido en "ministro de la fiesta" para toda la comunidad, y poco a poco nos hemos dado cuenta de que esto no empobrece, sino que, por el contrario, enriquece a la familia. La enriquece principalmente por dos razones: la primera es una atención distinta a los detalles y a la armonía general de la liturgia, que técnicamente es característica del servicio de Giorgio, pero que se extiende a ambos y también a los hijos, ya solo por el hecho de que se hable de ello juntos; la segunda es la ampliación del punto de vista desde el que se mira la celebración festiva, que nos ha dado una percepción más viva de un aspecto que pertenece a todas las familias cristianas, pero que la costumbre tiende a eclipsar: el hecho de que en la gran comunidad eclesial reunida por la convocación festiva está la pequeña iglesia de nuestra familia.

Hay dos momentos de la celebración en los que, para el diácono, se acentúa la función de ministro "del umbral y del puente", y en los que con su esposa y sus hijos puede tener un significado especial la relación entre el servicio a la comunidad y la vida familiar:

- el signo de la paz: asume aquí un significado especial que el diácono casado baje del altar, y vaya a intercambiar con su esposa y sus hijos el signo de la paz; es un signo en el signo, que sitúa la Eucaristía en el centro de la vida familiar del diácono, cuyo ministerio ordenado se ha implantado en el matrimonio
- la distribución de la comunión: las personas que comparten con el diácono la vida cotidiana en el mundo, y entre estas *in primis* sus familiares, vienen ante él para recibir el Cuerpo de Cristo, que los fortalece para la vida familiar y laboral.

En estos dos momentos también se realiza en la celebración de la Eucaristía, de una manera característica, una visión previa del diaconado permanente que don Giuseppe Dossetti formuló poco después del final del Concilio Vaticano II, el Concilio que, en la Constitución *Lumen Gentium* (n. 29) recuperó el diaconado permanente, como primer grado de la Orden. Un inciso: el Concilio lo "amplió" a hombres casados, y desde el principio los casados fueron la absoluta mayoría. En 1966, el año siguiente a la conclusión del Concilio, Dossetti habló "de la introducción de un diaconado muy largo, muy iluminado, altamente descentralizado, que represente realmente el punto final de la inserción de los carismas sacramentales en el tejido concreto de la comunidad cristiana" por parte de "personas que viven todo lo posible en la condición común" (*).

La Misa continúa idealmente en la comida familiar del domingo, donde se recomponen también los distintos tipos de compromiso de los miembros de la familia en la comunidad: Giorgio diácono, Anna catequista para la confirmación de adultos y los dos hijos animadores en el oratorio de la parroquia. Tampoco fingiremos diciendo que nuestras comidas del domingo las pasamos enteramente a construirnos unos a otros "con salmos, himnos y cánticos espirituales": se habla de todo, y a veces vemos incluso la televisión. Pero la oración antes de la comida, que para nosotros es una costumbre cotidiana, se vincula de manera más explícita que antes a la invocación que precede a la Comunión. Y

en el diálogo se recupera siempre un intercambio sobre los encuentros realizados en la iglesia, sobre la Palabra que se ha escuchado, sobre la homilía.

De hecho, cuando no estamos en Misa en la misma iglesia, para consolarnos nos decimos que así nos edificamos dos veces, porque cada uno resume la homilía que ha escuchado. Cuando la homilía la realiza Giorgio, la puesta en común con Anna es preventiva: se ocupa siempre de “comentar” el guión. Además, si Giorgio predica en presencia de los hijos, ¡la recensión crítica está asegurada!

Para concluir os pedimos una oración: no ya y no sólo para nosotros sino para toda la familia diaconal de nuestra Diócesis, que precisamente este año celebra los cuarenta años de la reintroducción del diaconado permanente, por deseo del entonces arzobispo, el Card. Michele Pellegrino, en 1972.

(*) G. Dossetti, “Per una valutazione del magistero del Vaticano II”, lecciones en el ISR de Bolonia 5-8 octubre 1966, publicadas en “Il Vaticano II”, il Mulino, 1996, pag. 55